

Clase, género, politización y violencia. Los casos del Astillero Río Santiago y Propulsora Siderúrgica 1974-1975

Class, gender, politization and violence. The cases of the Rio Santiago Shipyard and Propulsora Siderúrgica 1974-1975

Ivonne Barragán*

Florencia Rodríguez**

Resumen

Las identidades de género conforman una dimensión constitutiva de las relaciones de clase y de las experiencias políticas y gremiales de los trabajadores. Estas dimensiones se encuentran presentes y, en diversos grados, intervienen sobre las dinámicas de las relaciones entre trabajadores y empresarios en la fábrica y la naturaleza del conflicto. En este trabajo dicha dinámica se aborda a partir del análisis de conflictos laborales durante el período 1973-1975 en un contexto situado, proponiendo una mirada comparativa sobre dos casos abordados en profundidad. Las empresas Propulsora Siderúrgica y Astillero Río Santiago en la región de Ensenada, Provincia de Buenos Aires.

La mirada relacional sobre las dimensiones de clase y género fue el punto de partida para una reconstrucción de las trayectorias de organización y lucha de estos colectivos obreros donde se analizaron nociones de masculinidad. Nuestra hipótesis planteó que durante el auge de la conflictividad obrera de planta cobraron visibilidad diversas nociones en disputa sobre lo que implicaba ser varón, obrero, y/o militante en estas fábricas y expresaron aspectos identitarios individuales y colectivos, con manifestaciones diferentes en el plano del proceso productivo y de trabajo, y, en los procesos de organización sindical y política y conflictividad de base.

Palabras claves: Clase - género - politización - violencia

Abstract

Gender identities are a constitutive dimension of working class identity such as their political relations and trade-union activism experiences. These dimensions are present and play key roles -in varying degrees- in the relations between management and labor within the factory plant and define to different extents the nature of social struggles. This paper addresses gender relations and labor conflict among working class men employed in two dynamic industry firms - Propulsora Siderúrgica and Rio Santiago Shipyard (in Ensenada region, Province of Buenos Aires)- during a period of intensified labor struggle 1973-1975.

The relational approach to class and gender and the specific notions implied in the concept of masculinity are put into the understanding and reconstruction of these workers' strategies and experiences. Our hypothesis states that during the height of labor unrest in each plant, common notions and vulgar definitions of what being male worker and / or activist were subverted among these workers, affecting both individual and collective identity features thus altering their relations with the production and work process, and the process of political and union grassroots activism.

Key Words: class - gender - politization - violence

* Lic. en Historia por la UNMdP, becaria doctoral UBA.
ivonnebarragan@gmail.com

** Prof. Historia FFyL-UBA, becaria doctoral CONICET, docente FFyL,
flo_rodriguez@hotmail.com



Introducción

Las identidades de género conforman una dimensión constitutiva de las relaciones de clase y de las experiencias políticas y gremiales de los trabajadores, se encuentran presentes y configuran la lucha tanto entre trabajadores y empresarios como las disputas entre trabajadores de diferentes signos políticos. En este artículo abordamos dicha temática a partir del análisis de dos conflictos laborales que, en 1974 y 1975, protagonizaron los obreros de las empresas Propulsora Siderúrgica y Astillero Río Santiago en la región de Ensenada. Entre aquellos trabajadores, la existencia de nociones en disputa sobre lo que implicaba ser varón, obrero, y/o militante se expresaron en aspectos identitarios individuales y colectivos e incidieron en grados diversos y con impactos diferentes sobre la naturaleza y la dinámica de los conflictos.

Los casos en estudio se enmarcan en las experiencias de organización y acción colectiva de la clase obrera durante el ciclo de protestas iniciado en 1969. En línea con aquella experiencia, los trayectos muestran elementos de los procesos de politización y militancia donde se configuraron y enfrentaron estrategias revolucionarias, contestatarias, reformistas y contrarrevolucionarias, cuyo movimiento se interrumpió con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976.¹

En esta investigación nos detuvimos en la relación entre las ideas de género y las identidades laborales y políticas de los trabajadores tanto en el plano individual como en el colectivo. Para ello reconstruimos la relación a) con la patronal, b) entre los compañeros de trabajo, y c) con los dirigentes políticos y gremiales de base. Producto de la escala propuesta, entrevistamos a varios protagonistas, y a partir de allí comenzamos a indagar en torno a cómo eran recepcionados subjetivamente ciertos aspectos de estas relaciones en los momentos más álgidos de la lucha económica y política.

Los documentos que constituyen nuestro corpus no provienen de archivos orgánicos sobre historia de trabajadores ya que los mismos no existen en nuestro país. Nos hemos manejado por lo tanto, con un material producido por los obreros durante los conflictos, que paradójicamente fue recopilado por miembros de los organismos de inteligencia del Estado en funciones de espionaje. También hemos examinamos recortes de prensa y periódicos de organizaciones políticas de la izquierda marxista. Completan la gama de fuentes históricas que hemos cotejado, las memorias, testimonios editados e inéditos escritos por protagonistas de estas luchas y entrevistas realizadas por nosotras mismas.

¹ Para un marco general de referencia de las investigaciones de cada una de las autoras ver: Barragán, Ivonne “Acción obrera durante la última dictadura militar, la represión en una empresa estatal. Astillero Río Santiago (1974-1984)” en Victoria Basualdo (Coord.), *La clase trabajadora argentina en el Siglo XX: Experiencia de lucha y organización*, Buenos Aires, Cara o Ceca, 2011 y Florencia Rodríguez, *Artículo de investigación “Lucha de clases en Argentina durante la segunda ISI. Aportes a partir de un estudio de caso: Propulsora Siderúrgica 1963-1976” en Anuario PIMSA 2010*, Buenos Aires, 2011.

El primer desafío de este trabajo consistió en reponer y visibilizar la dimensión generizada de estos documentos. En segundo lugar, recuperar una dimensión de masculinidad e ideas del ser varón y trabajador, subyacentes a los relatos sobre temáticas no directamente vinculadas —en apariencia— con una problemática de género. A partir de allí triangulamos la recomposición de elementos útiles para la comprensión de las luchas analizadas con eje en la subjetividad y la identidad obrera. Finalmente, producto de la inserción estructural similar de las empresas y del recorte temporal y regional propuesto entre estos casos, ahondamos en la modalidad particular en que se expresaron más visiblemente las relaciones de género y la masculinidad.

Estas miradas se nutrieron de un trabajo de síntesis bibliográfica y un abordaje renovado de los estudios del trabajo y de género de manera de redefinir la naturaleza y la conflictividad obrera en estas fábricas desde una perspectiva generizada.²

Las fábricas y las disposiciones de género y clase

Las empresas Propulsora Siderúrgica y el Astillero Río Santiago se ubicaban en el segmento más dinámico de la economía del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Éstas replicaron el movimiento de las ramas naval y siderúrgica que, durante la segunda etapa de desarrollo del modelo, expresaron signos positivos de crecimiento producto de la maduración de inversiones productivas.

La empresa Propulsora Siderúrgica (PPS), perteneciente al grupo Techint (actualmente SIDERAR), producía laminados planos en frío que eran insumos para las llamadas in-

² Un revisión minuciosa del estado del arte de esta problemática en Florencia Rodríguez, “¿Masculinidad Clasista? Aportes a un debate abierto en el campo de la historia latinoamericana contemporánea”; *Fazendo Genero 9- Diasporas, Diversidades, Deslocamentos*; UFSC-Florianópolis; Brasil, 23-26 de agosto, pp. 8-9. 2010. Versión digital en www.fazendogenero9.ufsc.br. Resulta relevante señalar la influencia de algunos aportes recientes en el plano internacional sobre la problemática: Ava Baron, *Work engendered. Toward a new history of American Labor*, New York, Cornell University Press, 1991; Joan Scott, “Gender: A useful Category for historical Analysis”, en *The American Historical Review*, Vol. 91, No. 5. USA: American Historical Association, 1986 pp. 1053-1075; Anne Kessler Harris; *Gendering Labour History*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2007 y Marcel van der Linden and Lex Heerma van Voss; *Class and other identities: gender, religion and ethnicity in the writing of European Labour History*; Reino Unido, International Studies in social history, Berghahn Books, 2002. Finalmente, en el campo de los estudios sobre masculinidad: R. W. Connel y J. W. Messerschmit; “Hegemonic masculinity. Rethinking the concept” en *Gender & Society*, Vol. 19 No. Australia, 2005, pp. 829-859 y Mike Donaldson, “What Is Hegemonic Masculinity?” en *Theory and Society, Special Issue: Masculinities*. Australia: 1993, pp. 643-657. La referencia principal de un estudio generizado de trabajadores fue el trabajo de caso sobre los mineros de Chile de Thomas Klubock, que integra la compilación de Peter Winn (ed); *Victims of the Chilean Miracle. Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973-2002*, Durham y Londres, Duke University press, 2004.



dustrias blancas (heladeras, calefones, etc.) y fundamentalmente para las industrias automotrices. Propulsora era una empresa nacional cuyos capitales se habían acumulado en Italia durante el régimen fascista, cuando Agostino Rocca participó del proyecto siderúrgico musolineano. Instalada entre 1962-1967 en el corazón fabril de Ensenada, y ubicada al lado del complejo productivo del Astillero Río Santiago, la planta comenzó sus actividades definitivamente en 1969 y jugó un papel clave en la consolidación del frente fluvial La Plata-Rosario.³ Empleaba alrededor de mil quinientos trabajadores. En términos generales, los operarios percibían que sus condiciones laborales, producto del nivel del ingreso, la estabilidad y la movilidad laboral eran relativamente privilegiadas en comparación con las del conjunto de la clase trabajadora.⁴

El colectivo obrero presentaba grados medios-altos de capacitación técnica, se trataba de una fuerza de trabajo juvenil en promedio menor a los 30 años. Las condiciones mencionadas junto con los espacios recreativos de la empresa, vacaciones, apoyo crediticio, etc. conformaron un “sentimiento de pertenencia en Propulsora”.⁵ Encuadrados sindicalmente en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), la organización política en la planta, expresó un amplio arco que incluía desde la derecha peronista a la izquierda peronista, además de la militancia trotskista, comunista, guevarista y un vasto colectivo activista sin filiación partidaria definida. Mientras que la representación de base tendió cada vez más a estar en manos de agrupaciones de izquierda, la dirección regional del sindicato permaneció bajo la órbita del sindicalista peronista, Lorenzo Miguel.

El Astillero Río Santiago (ARS), ubicado al margen del Río Santiago, comenzó a funcionar en 1953. Junto con la Fábrica Naval de Explosivos de Azul (FANAZUL) integraron Astilleros y Fábricas Navales del Estado (AFNE). El ARS era estatal y su directorio se conformaba principalmente por militares, lo que jugó un rol determinante en la configuración del perfil patronal y en la disposición al uso de la violencia en disímiles estrategias de represión, coerción y consenso en el espacio fabril.⁶ En el Astillero, por

un lado, producían y reparaban unidades navales civiles y militares; por el otro, producían bienes de capital e insumos para industrias dinámicas.⁷ Hacia 1960 se empleaban aproximadamente cinco mil operarios de planta y tres mil empleados de empresas contratistas.

Análogamente el ARS permitió a los trabajadores contar con ingresos comparativamente altos, posibilidades de movilidad, ascenso y promoción laboral, formación técnica, estabilidad laboral y otra serie de beneficios tales como guarderías para los hijos de los trabajadores y cláusulas de ajuste en el salario de bolsillo atadas al aumento de transporte. Los trabajadores del astillero, agremiados en la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), se organizaron en un amplio arco de agrupaciones políticas. La representación gremial seccional se encontró en manos del peronismo ortodoxo a lo largo de toda la historia de esta fábrica, hasta que hacia finales de la década del sesenta comenzaron a influenciar las corrientes vinculadas a la izquierda tanto de peronistas como de marxistas.

Así los casos en el análisis se configuraron en tres niveles en el plano de lo comparable. Primero, producto de la fisonomía que les otorgaba la inserción socio-económica y las características productivas arriba descriptas. Segundo, a partir del hecho de que la demanda del capital en el mercado de trabajo se orientó en torno al segmento masculino y calificado que al mismo tiempo, ostentaba altos grados de fortaleza física. Tercero, que aquellas políticas de beneficios expresaban estrategias patronales con fuertes influencias del paradigma técnico económico fordista, que buscaban propiciar la integración de los intereses del trabajo con los del capital.⁸

Un análisis respecto de las condiciones que debía cumplir la fuerza de trabajo, nos arrojó como conclusión inicial que no se trataba de una demanda neutral sino que, muy por el contrario, las pautas que la configuraban estaban imbuidas por ideales de género. Detrás de la preferencia por obreros varones estaba operando una concepción patriarcal biologicista que históricamente, y en estos casos en particular, propiciaba la idea de masculinización del espacio productivo y de trabajo. Esa concepción de fortaleza mas-

³ Sobre este punto ver: Claudio Castro, *Paradigma tecnológico, empresa y transformaciones cualitativas. Techint y el desarrollo energético en la Argentina de posguerra*, 2007, pp. 21-22. En www.udesa.edu.ar/.../ctroestudioshistoriayddempresas/claudiocastro.pdf.

⁴ En otros trabajos hemos problematizado cómo las condiciones materiales y socio-políticas que emergen de la situación laboral condicionan la relación capital-trabajo en la planta y la construcción de las opciones de organización y lucha. Florencia Rodríguez, *Lucha de clases, conciencia y política. El caso de Propulsora Siderúrgica 1973-1975*, en *XII Jornadas Interescuelas y departamentos de historia*, Universidad Nacional de Catamarca, San Fernando del Valle de Catamarca, agosto 2011.

⁵ Véase Ma. Alejandra Esponda, *La carpeta negra de mamá propulsora*, tesis de licenciatura, UNaM, 2005.

⁶ Véase Ivonne Barragán, Tesis de Grado Licenciatura Historia, Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Mar del Plata, “*Prácticas y formas de resistencia obrera de los trabajadores. Astillero Río Santiago 1974-1984*”, 2009.

⁷ El astillero produjo insumos para las siguientes ramas industriales: grandes motores eléctricos, tanques de envase; elementos y maquinarias para la actividad ferroviaria; compuertas para diques; equipos de bombeo para la industria petrolera; fundición de aceros, hierros y metales; maquinaria para las industrias del azúcar y del papel y la construcción de turbinas hidráulicas para centrales hidroeléctricas. María Elena Caffaso, *Astillero Río Santiago*, Provincia de Buenos Aires, AFNE, 2004.

⁸ Para una aproximación a las influencias del fordismo sobre las estrategias patronales en general ver los debates: Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista: la degradación del trabajo en el siglo XX*, Nuestro Tiempo, México, 1987 y Vicky Smith, “El legado de Braverman. La tradición del proceso de trabajo veinte más tarde” en *Sociología del trabajo*, N° 26, 1995-1996; y los aportes de Benjamin Coriat, *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre taylorismo, fordismo y producción en masa*, España, Siglo XXI. 1982.



culina y viril tenía como contracara la idea de la debilidad femenina, ya que a las mujeres se las definía como desprovistas de fuerza física y con un organismo especializado y biológicamente formado para la maternidad: una tarea concebida como natural e inalienable en la reproducción de la sociedad.⁹

En ambas empresas la conformación varonil del espacio laboral, apareció enfatizada por una presencia ausente: las mujeres empleadas que se desempeñaban en tareas administrativas y estaban por fuera del discurso acerca de la fisonomía obrera de la planta –tanto del lado de la patronal como de los trabajadores. La negación por omisión a reconocer a las mujeres empleadas en la administración como trabajadoras, provocaba una escisión en la definición del colectivo obrero y simultáneamente configuraba a las relaciones de género como “naturalmente neutrales” y masculinas.¹⁰ Detrás de aquellas concepciones jugaban definiciones sobre el trabajo donde la labor de las mujeres se definía en el plano del empleo de cuello blanco en torno de un ideal de disposición cultural y biológica a la disciplina y ejecutividad, a la aplicación de conocimientos prácticos para el trabajo, y donde la pericia laboral estaba marcada por la lealtad al jefe como proyección de lo que ocurriría en el plano íntimo de la familia y de lealtad al *pater* familia. Aquellos ideales se establecían como tipologías de un *deber ser* de varones y mujeres que incidieron en la definición de las identidades de aquellos sujetos.

En primer lugar, los varones aparecían como quienes estaban en condiciones biológicas de soportar el trabajo en una fábrica con las características de la siderurgia o la industria naval. Quienes “no pudieran hacerlo”, como contraparte, podían ser identificados como personificando condiciones identitarias de “mujer”. En ese sentido la historiadora Mirta Lobato planteó en sus indagaciones sobre el mundo del trabajo de principios del siglo XX que:

⁹ Es relevante remarcar que se trata de una construcción histórica, dado que los estudios sobre la composición socio-demográfica de la producción industrial contradicen en los hechos el unívoco masculino en el lugar de trabajo. Para el caso particular de la rama metalúrgica en la actualidad ver Laneyrie Frances and Mylett Terri *Seeing gender and ethnicity at work*, en *AIRAANZ*, Australia, 2005. El trabajo muestra cómo conviven en el proceso productivo varones y mujeres y cómo a pesar de realizar trabajos similares, los ideales de género constituyen un elemento de configuración de la relación entre compañeros y compañeras tomando formas rituales de expresión de poder y debilidad.

¹⁰ Rastrear la presencia y el rol de las mujeres en la historia de lucha y organización en estas fábricas aún es un desafío producto de la idea de externalidad. En PPS hemos comenzado a reponer su rol como esposas, novias, familiares y vecinas que se organizan en solidaridad en torno a los conflictos. En el ARS se recuperó su rol como empleadas administrativas particularmente cuando avanzaron en presencia y organización política y sindical en la planta, y donde se pudo comenzar a comprender qué producto de su condición de mujeres enfrentaron serias dificultades para ser reconocidas por la patronal como interlocutoras válidas y por sus propios compañeros varones como referentes y compañeras de lucha.

“los varones buscan protegerse contra la feminización del trabajo producto de la competencia con trabajadoras que cobran menos que ellos y están en peores condiciones, además de que se identifica con debilidad y con pérdida de masculinidad y virilidad”.¹¹

En segundo lugar, parecía que la retribución salarial en promedio superior respecto del resto de la clase trabajadora del período y la región, jugaba en la definición de los presupuestos generizados de una relación social familiar favorable a la consolidación del modelo ideal de varón jefe de familia. En ello estaba presente –más allá de las diferencias internas a cada colectivo obrero en términos de categorías y antigüedad- la idea de *breadwinner* como varón jefe único proveedor del hogar.

Finalmente, pudimos reconocer un impacto en términos de género de la configuración de la demanda dentro del mercado de trabajo que pareció favorecer inicialmente la preeminencia de un ideal de varón obrero. En estas fábricas se propició la idea de masculinidad como equivalente de fortaleza, abdicación frente a las condiciones adversas emergentes del proceso productivo –calor, gases tóxicos, etc.- y poderío económico en el marco familiar. Trabajamos entonces con la hipótesis de que aquellos ideales se forjaron al calor de los intereses patronales que retomaban elementos de las ideas de masculinidad hegemónica estimuladas por la sociedad patriarcal en su conjunto.¹²

En los casos aquí analizados las ideas de género que se desplegaron durante las luchas obreras dibujaban movimientos, que lejos de ser lineales y únicos, expresaban referencias contradictorias. En este sentido, la dimensión de masculinidad se componía de una y varias masculinidades que atravesaron un proceso de resignificación durante el ciclo de conflictividad gremial y política. En este proceso de lucha y organización obrera en estas fábricas fue donde ocurrió un desorden de lo prescriptivo y donde las paradojas identitarias se tensaron, provocaron grietas y alternativas que se nutrieron de y nutrieron al proceso de politización y militancia de aquella época.

¹¹ Véase Mirta Lobato, “Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial. Primera mitad del siglo XX”, en *Historia de las mujeres en la Argentina, Siglo XX*, Tomo II, Buenos Aires, Taurus, 2000, pp. 95-96.

¹² “La masculinidad hegemónica es un término relativamente reciente en los estudios de género que alude a la construcción de un rol de hombre socialmente reconocido, formado por la tradición y el sistema político, social y cultural y aprendido en los principales entornos socializadores, como son la familia, el grupo de iguales, la escuela o los medios de comunicación. Se refiere por tanto al modelo de “ser hombre” construido bajo el sistema patriarcal de sociedades jerárquicas como la nuestra, que subordina a otras masculinidades, a las que infantiliza, disminuye y/o feminiza, y cuyas características fundamentales serían las de ser proveedor, trabajador, responsable, racional, emocionalmente controlado, heterosexual activo, jefe del hogar, padre, fuerte y blanco, con dominio sobre otros hombres”, ver Cristian Sipión Villafana, “Patriarcado, masculinidad y violencia. Posibles relaciones conceptuales”, en *Magenta, Revista sobre masculinidades y género*, Nº 1, Nov. 2008, pp. 10-15, Lima.



Lucha de clases: redefiniciones generizadas de lo económico, gremial y político

En el contexto de intensificación de las luchas sociales entre 1973 y 1975 los trabajadores de PPS y ARS profundizaron sus procesos de organización y politización se generaron condiciones de posibilidad para que ciertos anclajes identitarios tradicionales fueran cuestionados. La mirada posicionada en el interior de las fábricas facilitó acceder al movimiento y la dinámica generizada de trabajo y lucha en el plano individual y el colectivo. Aquellas disputas se dieron en el contexto del Pacto Social y en el marco de una crisis económica que se profundizaba cuando, simultáneamente, tenía lugar una creciente confrontación entre facciones políticas del peronismo.

La dirección de la CGT y la de la mayoría de los sindicatos que adscribían al autodenominado peronismo ortodoxo habían suscripto el Pacto en el marco del retorno del peronismo al gobierno y como expresión de su alianza con el poder político. Por ende, se encontraron condicionados a la hora de vehiculizar los reclamos de las bases obreras en demanda de distribución del ingreso y mejoras en las condiciones de trabajo. El aumento de las luchas se dio en disputa y tensión con la orientación oficial cegeteísta y se desarrolló a nivel nacional con especial énfasis en el corredor industrial que conectaba Rosario con Buenos Aires.¹³ Las luchas de PPS y del ARS, que se inscribieron en esa dinámica general, estuvieron a la vanguardia del proceso en la región.

El caso de Propulsora Siderúrgica

En PPS en mayo de 1974 comenzó el conflicto que se proyectó durante 108 días. El 23 de ese mes, los 1500 trabajadores de la planta iniciaron un paro total de actividades en demanda de un aumento salarial de 100.000 pesos. El conflicto tuvo diferentes etapas con distintas formas de lucha que incluyeron: toma del establecimiento, huelga total, huelga parcial, paro por secciones, trabajo a reglamento, no realización de horas extras, movilización frente al establecimiento, movilización política al Ministerio de Trabajo de la ciudad de La Plata y a la sede central del sindicato. La lucha estuvo cruzada por altos grados de acatamiento y la puesta en juego de intensos niveles de violencia material que fueron desde “aprietes y amenazas” a carneros, ataques a huelguistas por parte de grupos parapoliciales, hasta el secuestro de directivos de la empresa por parte de la organización Montoneros. Fue una lucha con mucha relevancia regional que concluyó el 8 de septiembre con el triunfo ob-

¹³ El pacto social fue firmado el 8 de junio de 1973 por los miembros de la CGT y la CGE y congelaba los aumentos de precios y las discusiones salariales por el término de dos años, luego de los cuales se renegociarían. Se desarrolló en el marco de un contexto económico local, regional y mundial convulsionado y que mostraba signos de crisis de acumulación capitalista que luego se expresarían en la llamada crisis del petróleo. En torno a la cuestión del aumento de la conflictividad por condiciones de trabajo como estrategia tendiente a superar los límites impuestos por el pacto social, ver: Elizabeth Jelin, “Conflictos Laborales en la Argentina. 1973-1976”, en *CEDES* n° 9, 1977.

tero en el plano económico y un saldo político-organizativo de grandes dimensiones.

Lo que inicialmente fue una demanda por salario y horas extras se constituyó en un campo de disputa en una multiplicidad de sentidos. A lo largo de los 108 días, formas e instancias del conflicto en el plano económico, político y laboral, resignificaron dimensiones identitarias y las prácticas generizadas individuales y colectivas de sus protagonistas. Finalmente, el campo definido por los términos políticos novedosos que emergieron del proceso de lucha se configuró y modificó en un movimiento desigual de ida y vuelta con aquellos procesos. Abordaremos ordenadamente estos puntos para luego establecer un diálogo integral.

El estallido del conflicto puso en tensión el ideal de *breadwinner* entre los operarios de la empresa —ya fuera porque el trabajador hombre jugaba el rol de sostén de hogar o bien porque él como hijo aportaba significativamente con su ingreso al hogar familiar—. Si bien los altos niveles salariales expresaban una posición de relativo poder en clave económica, en la percepción de la relación trabajo-salario, jugaron otras prácticas también. Junto con las dimensiones económico-corporativas, actuaban elementos culturales vinculados a la idea de dignidad que se proyectaron de manera diferente en el plano subjetivo individual y colectivo. Por un lado, el salario alto aparecía equivalente a una idea de decencia y hombría, más bien restringido a una dignidad individual o familiar si se quiere. Por el otro, una dimensión de carácter más colectiva vinculaba ese concepto con una praxis de lucha.

En el plano económico, Daniel De Santis recordó comparativamente sus salarios como arenador metalúrgico en un taller y en Propulsora, siendo en este último caso el ingreso salarial, por lo menos el doble: “en la fábrica se ganaba bien. Yo me acuerdo que... para mí significó vivir mucho mejor que como estaba viviendo hasta ese momento... ahí nomás me fui y me compré una moto.”¹⁴ Tener una mejor vida, ascender socialmente se vinculaba al acceso a determinados bienes, los cuales otorgaban un status diferenciado.

Por otro lado, Laura Palma reprodujo el testimonio de Pablo Miranda quien explicó que: “lo que yo ganaba acá por ahí mi viejo lo ganaba en seis meses”.¹⁵ El impacto ordenador en la estructura familiar afectaba roles identitarios generizados y etarios. El hijo aparecía materialmente teniendo el rol de proveedor jefe de familia de su padre.

En términos identitarios en torno a la idea de dignidad aparecieron dos abordajes. Por un lado la ligazón en el plano colectivo entre lucha-salario-dignidad. En este sentido un trabajador de la región, empleado en otra rama, sostuvo que: “Propulsora era una fábrica muy respetada, tenía uno

¹⁴ Entrevista de Florencia Rodríguez a Daniel De Santis, realizada en el primer semestre de 2012.

¹⁵ Laura Palma, Tesis de Licenciatura inédita “*Propulsora Siderúrgica. Un conflicto sindical en los años setenta*” Departamento de Historia de la UNLP, 2008, p. 40.



de los sueldos más altos del movimiento obrero: yo era trabajador de la madera y ganaba una quinta parte de lo que ganaban ellos. Y encima vos veías que lo mantenían con la lucha. Todos queríamos ser de propulsora...¹⁶ Por otro lado, la dimensión individual de la dignidad estaba centralmente aferrada a un concepto de masculinidad hegemónica. Ángel Molinero lo explicaba así en sus memorias: “entonces ganábamos más del doble que cualquier fábrica y no nos tenían con la pija en el culo”.¹⁷ En este punto la idea de alto salario atada a dimensiones de masculinidad se desplegó más expresamente: ganar altos salarios ofrecía autonomía y otorgaba un poder relativo mensurable, que se expresaba en concreto, en la ostentación de un tipo de hombría, adulta y heterosexual.

La cuestión de las horas extras durante el conflicto fue central por el impacto sobre el salario de bolsillo, la repercusión productiva y la relación con la patronal. Esta modalidad del régimen productivo, en las industrias dinámicas en esta etapa, puso en evidencia distintos procesos de variación en la disposición de los trabajadores, entendiendo que la relación con el capital además de configurarse como explotación también comportó elementos de dependencia para la supervivencia, así como la tensión y resistencia al avasallamiento de subjetividades y conocimientos obreros en el ámbito de la producción.¹⁸

Éstas configuraban tanto la tarea productiva, como el salario y la sociabilidad obrera, donde entraban en juego dos dimensiones: la decisión individual de prolongar el propio trabajo para obtener un mayor ingreso monetario y, por otra parte, la condición empresarial que propiciaba su realización como parte del ordenamiento del proceso de trabajo.

Uno de los trabajadores entrevistados por el órgano de prensa de Montoneros, *Evita Montonera*, sostuvo a colación del conflicto “por primera vez, tuvimos tiempo de pensar y discutir entre nosotros. Las horas extras aunque eran nuestra única manera de subsistir prácticamente nos tenían embotados”.¹⁹ En aquellos altos salarios era fundamental el componente obtenido por la extensión de la jornada laboral. Aquella intensificación tenía implicancias individuales sobre la salud de los trabajadores y, en térmi-

¹⁶ Ruth Werner y Aguirre, Facundo, *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires, IPS, 2007, p. 233. Sobre el impacto de este triunfo en el plano regional, los autores remarcan que “la huelga en Propulsora siderúrgica irradió a los trabajadores de toda la región, influyendo en la percepción de los mismos sobre las posibilidades de revertir derrotas fuertísimas ocurridas hasta aquel entonces”, ídem, p. 205.

¹⁷ Ángel Molinero, *Los oligurkas del acero*, documento mecanografiado inédito, p. 26

¹⁸ Enrique de la Garza Toledo y Julio César Neffa, “Modelos económicos, modelos productivos y estrategia de ganancias: conceptos y problematización”, en *Trabajo y modelos productivos en América Latina. Argentina, Brasil, México y Venezuela luego de la crisis del modelo neoliberal*. Buenos Aires, Clacso, 2010.

¹⁹ *Evita Montonera* N°1, año 1 Diciembre, 1974.

nos generales, sobre las condiciones de trabajo, salubridad y seguridad del colectivo obrero en la planta.

La condición de *breadwinner* y la toma de conciencia del esfuerzo físico del trabajo atravesaron un proceso de transformación entre algunos de los activistas que participaron del proceso de intensificación política. Los volantes recogidos por los agentes de inteligencia infiltrados en la fábrica durante el conflicto apuntaban a identificar entre los obreros movilizados: “...los compañeros de fábrica deben estar dispuestos a brindar su total apoyo cuando se les solicite y seguir firmes y unidos en esta lucha, acatando la decisión de la Asamblea, sea cual fuere su decisión”.²⁰ La práctica militante se expresaba en términos de solidaridad y hombría en la defensa de “los suyos”, sus compañeros directos de trabajo y sus compañeros de clase: “ningún compañero debe ocupar el lugar de los que aún están afuera, NADA DE HORAS EXTRAS, NI RELEVOS”.²¹

Por otra parte, desde una perspectiva donde primaba el elemento individual, la agencia obrera quedaba subsumida a la búsqueda de rédito material. Molinero abordó la relación salario-trabajo como excluyentemente subordinada al designio patronal: “Aunque se tuviese otro trabajo, el de la fábrica era el principal. De lo que ella pagase o exigiese dependía la calidez de nuestra vida individual, familiar y social. Hasta cogemos cuando Propulsora quiere”.²² En otro pasaje despliega aquella idea anclada en una dimensión individual donde la unión entre la identidad laboral, la dignidad y la masculinidad se cruzan por fuera de la potencia que contenía la acción política y colectiva: “estábamos en la jungla de acero de Propulsora y ésta envilecía a sus operarios enfrentándolos con dos conceptos de solidaridad por un descanso, del que dependía la resistencia para horas extras y rebusques imprescindibles para llevar a casa un poco más que la comida”.²³

La solidaridad como una dimensión de esa lucha se abordó entonces como instancia donde se expresaban relaciones e ideas de género presentes en esa fracción obrera, que antecedían al conflicto, y que a lo largo de éste fueron fortaleciéndose. Pudimos constatar un movimiento de apelación a masculinidades muchas veces contrapuestas. En el sostenimiento inicial del conflicto, la dimensión colectiva de la solidaridad se expresó en la toma de la fábrica y se estipuló que todos los trabajadores rotaran en su permanencia. Se desplegó una relación entre combatividad y masculinidad obrera en torno a garantizar el compromiso de todos los trabajadores.

Entre las corrientes de izquierda, particularmente entre las organizaciones no peronistas, en la dimensión colectiva se afianzaban ideas de masculinidades contrahegemónicas.

²⁰ Archivo DIPBA, Mesa B, Factor Ensenada, Carpeta 39, Legajo 33, foja 246.

²¹ “Volante firmado Comisión Interna Provisoria” en Archivo DIPBA, Mesa B, Factor Ensenada, Carpeta 39, Legajo 33, foja 204.

²² Ángel Molinero, *Los oligurkas del acero*, p. 58.

²³ Ídem, p. 86-87.



Desde las páginas de Avanzada Socialista, la prensa del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), ser compañero se equiparaba con un ser varón solidario y luchador desde una perspectiva anclada en una identidad colectiva: “Los trabajadores están organizados por sector, de manera que todos los compañeros salen por dos o tres horas, van a sus casas, están un rato con la familia y vuelven, porque saben que están perjudicando a otro compañero. Y los compañeros lo cumplen hasta lo inimaginable. Como muestra el siguiente caso: un compañero insiste frente a los piquetes en su necesidad de salir urgentemente... averiguan el por qué, y el compañero responde: ‘viejo, me están esperando en el civil, me caso dentro de un rato, pero te aseguro que en dos horas estoy de vuelta’. A las dos horas estaba nuevamente en la fábrica”.²⁴

En este punto ideales de género se pusieron en tensión y se resignificaron al calor de la lucha. Por un lado, al comienzo del conflicto la idea del varón sostén del hogar había contribuido a dotar de legitimidad, tanto a los ojos de sus protagonistas como del resto de la sociedad, toda acción colectiva o individual que se encontrara en línea con la demanda salarial.²⁵ En torno a la lucha: “llegó un momento en que la gente nos individualizaba por la campera verde, la campera de Propulsora. Y había casos, por ejemplo, cuando escuché en una cola para comprar querosén, que una mujer de edad dijera: ‘Acá tienen que venir las camperas verdes y va a ver cómo se acaba esto de tener que hacer dos horas de cola, acá para comprar el querosén’. Era un poco, el héroe de la película Propulsora en ese momento”.²⁶

La reposición de las mujeres, aunque tangencial en el relato, nos llevó a repensar su rol. La reconstrucción del testimonio de “salir y volver en dos horas para casarse”, permitió también echar luz y ubicar a la relación familiar en esta historia. Las mujeres aparecían no sólo como acompañantes pasivas de las causas de sus maridos y compañeros, y eso nos ayudó a redefinir el sentido del ideal de breadwinner ya no desde una perspectiva de poderío relativo individual como hombre sostén de hogar, sino en términos de las necesidades del hogar proletario donde las mujeres tenían no sólo el derecho sino la obligación de involucrarse en la protesta.²⁷

En la praxis de lucha y militancia se desplegaron en competencia identidades masculinas tradicionales de fortaleza, trabajo y breadwinner y otras tales, como la del trabajador militante, comprometido, solidario y abnegado donde lo individual se nutría de la potencia de lo colectivo y le permitía oponerse al capital. Ese movimiento distaba de ser homogéneo y de consolidar una fisonomía duradera y

única. El contrapunto más fuerte que pudimos detectar -y que se identificó como constante en la conformación de los tipos de masculinidades- fueron los anclajes individuales y colectivos en el proceso de intensificación de la politización obrera.

El ideal de izquierda y el guevarista jugaron en la definición de la militancia en las fábricas y proponían un movimiento de vinculación entre lo individual y lo colectivo de retroalimentación y proyección social. Lo individual se anclaba en la abnegación, heroísmo y ejemplo del individuo como parte de un colectivo. Estos planteos aparecían vinculados al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) y que se pueden reconstruir en ese conflicto por medio de la memoria de Ángel Molinero y el testimonio de Daniel De Santis. La identidad revolucionaria de nuevo tipo, sintetizaba una disconformidad con la izquierda tradicional. El ejemplo del Che era el del “guerrillero heroico” y, por añadidura, el del “obrero revolucionario” que corporizaba en la práctica al “hombre nuevo”.²⁸

El hombre nuevo condensaba dimensiones de solidaridad y fortaleza ejemplificadora, entretreído en el lenguaje de la clase en torno a su militancia como ideal contrahegemónico de masculinidad patriarcal e individualista. Así, los militantes más comprometidos trabajaban en las secciones más duras como las de decapado y tándem. Este es el caso de: Carlitos Scaffide, el Pampa Delaturi, Eduardo Priotti, Daniel de Santis, a quienes Molinero bautizó como “los caudillos de la resistencia”. Aquellos elementos subjetivos tensoron ideales de masculinidad que configuraron simultáneamente las identidades de la praxis laboral y política al interior de la fábrica. La sección más conflictiva eran tándem y decapado porque también implicaban el proceso de producción más pesado: “Por el decapado la chapa llegaba hasta 200 metros por minuto. Y en el tándem... pasaba hasta 800 metros por minuto... Era impresionante... el tándem era el corazón de la fábrica, siempre tenían una categoría un poquito más..., eran cuatro o cinco jaulas y se refrigeraban con agua, porque imagínate que esas chapas pasando a esa velocidad, se calentaban, entonces, salían chorros de vapor, entonces, era una cosa medio surrealista”.²⁹

Con la profundización de la lucha y el despliegue de solidaridades diferentes aparecieron algunas dinámicas significativas. Una anclada en una mirada conciliadora de la lucha de clases que propiciaba la idea de la manipulación de los obreros individuales que no hacían política por individuos politizados, a los que se externalizaba y a quienes se les adjudicaba una agenda propia y ajena a los trabajadores y sus intereses.³⁰ El trabajador identificado con elementos

²⁴ Avanzada Socialista, N°. 105, año III, pág. 10.

²⁵ Véase “Comisión solidaridad” en *Avanzada Socialista*, N°. 105, año III, pág. 10 y Archivo DIPBA, Mesa B, Factor Ensenada, Carpeta 39, Legajo 33, foja 40.

²⁶ Véase testimonios en: Laura Palma, Tesis de Licenciatura “*Propulsora Siderúrgica*, 2008, p. 35.

²⁷ Véase Silvana Palermo, “Género y ciudadanía política: algunos apuntes en la agenda de investigación”, en www.historiapolitica.com/datos/boletin/polhis7_palermo.pdf

²⁸ Véase Daniel De Santis, *A vencer o morir*, Tomo II, Eudeba, 2000, pp. 10 -14.

²⁹ Entrevista de Florencia Rodríguez a Daniel De Santis realizada en el primer semestre de 2012.

³⁰ Un abordaje de la inscripción identitaria de la clase trabajadora en concepciones diferenciadas de la relación entre capital y trabajo como formas de la conciencia diferenciada es el propuesto por Victoria Basualdo. Ver Daniel Azpiazu, Victoria Basualdo y Martín Schorr, *La industria y el sindicalismo de base*



de hombría anclados en la no militancia partidaria, adscribiendo al peronismo como ideología general, y que se realizaba en la propia labor, profundizaba la idea de que ir a la huelga, politizarse y no trabajar operaban como elementos emasculadores. Aquella definición conllevaba un ideal de varón obrero incrédulo, pasible de ser cooptado por hábiles líderes. Otras ideas de género yacían detrás de estos postulados donde se jugaba una identificación con la representación de las mujeres como desvalidas. En aquella feminización de esos obreros jugó la idea de masculinidad patriarcal: en la fábrica como espacio masculino no hay lugar para mujeres, y por ende, tampoco hay lugar para varones que personifiquen ideales de mujeres. Los que llevaban adelante esta perspectiva plantearon en un volante por ejemplo que: “a los obreros de propulsora a) que tienen voluntad de seguir trabajando, que tienen la obligación de seguir a aquellos que nos llevaron a este juego, que no es otra cosa que una vil patraña para desintegrar las ideas del Gral. Perón b) para todos aquellos que están esclarecidos de los peligros que son las ideas extranjerizantes (sic) y no deseen apoyarlos... necesitamos la presencia de todos los compañeros, de una vez por todas no nos quedemos de brazos caídos mientras “ellos” se dan el lujo de manijiar y hablar siempre ellos o sus tontos útiles... Compañeros para no llorar mañana como mujeres lo que hoy no sabemos defender como hombres pedimos la presencia de todos ustedes en la asamblea del día miércoles a las 14 hs. ODP (Obreros de Propulsora)”³¹

En esas disputas sobre qué hacer con la duración del conflicto se identificó una proyección colectiva de aquellos ideales que se circunscribían al ámbito individual. Sin embargo, no se planteaba como un tema social, pues no superaba la instancia de unir individualidades carentes del plus que en ese plano le da el todo, como mayor que la suma de las partes.

De este modo, en las diferentes coyunturas del conflicto gremial y político, cobraron visibilidad construcciones hegemónicas y contrahegemónicas. Por un lado, se identificaron ideas con un fuerte anclaje individualizador que expresaban ejes ordenadores de la sociedad capitalista donde la ideología patriarcal configura elementos reguladores de las relaciones sociales. Por otra parte, los ideales con un anclaje colectivo se desplegaron más claramente durante la lucha. En el conflicto que encararon los obreros de la planta emergieron diferentes niveles de cuestionamiento a aspectos de la relación social y de las condiciones de trabajo donde se identificó un proceso contradictorio en términos identitarios y de concepciones de género.

El caso del Astillero Río Santiago

El Astillero, se definió como un espacio varonil y masculino, en relación con una cotidianeidad y permanencia en la disposición al uso de la violencia. La organización del trabajo, la relación con la patronal, las relaciones políticas

en la Argentina, Buenos Aires, Cara o Ceca, 2010.

³¹ Archivo DIPBA, Mesa B, Factor Ensenada, Carpeta 39, Legajo 33, fojas 326-328.

al interior de la fracción de clase allí empleada y la relación entre el trabajador y sus herramientas estuvieron marcadas por aquella dinámica. Estas disposiciones a la violencia expresaban modelos de masculinidad personificados por la disputa entre varón obrero- varón militar y que, en esta etapa, su resolución se encontró cada vez más circunscripta al ámbito de la violencia física. Los cuerpos de los trabajadores fueron el ámbito donde confluyeron procesos contradictorios y el lugar de acción del riesgo: individual en el proceso de trabajo, y colectivo en un contexto nacional y regional de confrontación y violencia política cada vez mayor.

A partir de estos elementos identificamos dos grandes líneas de acción de estos trabajadores. Una acción colectiva fundada principalmente en el reclamo económico, ordenada política y sindicalmente, y otra, más desarticulada, espontánea y reactiva vinculada a las condiciones de trabajo. En ambas se entrelazaron comportamientos de deber ser del hombre-obrero en esta fábrica donde la tensión yacía no tanto entre concepciones de género e ideas de masculinidad contrapuestas en planos hegemónicos y contrahegemónicos, sino como una dimensión identitaria que se realizaba, ya fuera esta colectiva o individual, en una expresión de la solidaridad al compañero.

La acción colectiva de los trabajadores del ARS durante el año 1975, en particular la fundamentada en reclamos salariales, sintetizó una trayectoria de organización que fue creciendo geométricamente desde 1973. A partir de este período el eje de la conflictividad se vinculó intensamente con las condiciones de trabajo. El lema “un barco un muerto” repetido entre los operarios fue una expresión de la relación entre trabajo, riesgo físico y violencia latente: “Las condiciones de trabajo eran infrahumanas, vos vas hablar con cualquier trabajador del astillero y no te habla, te grita. Porque antes los barcos eran remachados no ensorzados como hoy. Entonces los remaches, no había todo el tema de seguridad, que nosotros estábamos poniendo, era muy dura la pelea con todos los militares, no teníamos grifos, nosotros estábamos soldando los doble fondos y con las masas, los calafates, las remachadoras, era infernal. La cosa que por ahí nos querían hacer trabajar ocho horas cuando nos correspondía trabajar las seis por la inseguridad que había ahí”³²

A lo largo de 1975 los accidentes laborales se incrementaron. Sin embargo, las acciones de lucha organizadas se dieron con objetivos explícitos en el plano económico. El hecho de que cada barco “se estaba llevando más de un trabajador”, se canalizó en relación con una lucha de acción

³² Entrevista de Ivonne Barragán a Ismael “El Ñato” realizada en el primer trimestre de 2009.

Es relevante señalar las similitudes que sobre esta cuestión aparecen en la investigación realizada por el historiador Federico Lorenz, quien también recupero esta terrible afirmación entre los trabajadores del Astillero Astarsa. Véase Federico Lorenz, *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Buenos Aires, Grupo Norma, 2007.



y reacción singularizada, individualizada, que no respondía al accionar sindical general puesto en práctica para con las demandas salariales.

Fue en el ámbito del trabajo –del riesgo físico– donde se pusieron en juego ideales de género y masculinidad, anclados en dimensiones individuales de solidaridad y heroísmo que confluían esporádicamente con los enarbolados en torno a dimensiones colectivas de combatividad y organización político-gremial. El proceso de trabajo era riesgoso e implicaba altos grados de fortaleza física y pericia. Ejemplo de ello fue, durante el proceso de pintura de un buque, en 1975, donde dos trabajadores se ahogaron. Al fallar los frenos de la grúa flotante, cayeron al río, sin protección de seguridad ni chalecos salvavidas. Uno murió ahogado luego de quedar inconsciente producto del golpe. El otro fallecido fue parte del grupo de compañeros de trabajo que al ver el accidente se arrojaron al río en un intento por salvarles la vida.³³

Ese mismo año, otro trabajador, un soldador, murió quemado en el interior de un buque. En el testimonio de un operario identificamos una modalidad de acción desarticulada, con primacía de ideas de heroísmo y justicia que enfrentaban a la patronal en términos de repudio de lo que eran percibidas como condiciones de trabajo y explotación indignas pero no se expresó en un reclamo sindical formal: “Nosotros sabíamos que la causa del accidente era por el mal estado de los equipos para soldar. Al otro día cuando llegamos al ARS, el compañero estaba totalmente carbonizado, pero aún vivía. Con un compañero que le decíamos Chirola, agarramos el primer equipo de soldar, lo arrastramos hasta la orilla del río y lo tiramos. Cuando nos damos vuelta vemos otros trabajadores que están haciendo lo mismo. Tiramos al agua por lo menos 15 equipos. La empresa no nos dijo nada. A la semana había equipos nuevos”.³⁴

El accionar espontáneo e individual de los trabajadores que intervenían en estas modalidades de ajusticiamiento, no respondía a las dinámicas de organización que pusieron en juego para salir a pelear por aumentos salariales. En este punto pusimos de relevancia la simultaneidad de una dimensión colectiva, conferida por la pertenencia de clase y la dinámica de trabajo cooperativo, con una dimensión individual, que sopesó en la identidad de género de estos varones que se autoidentificaban y definían en sus acciones como trabajadores individuales, fuertes y solidarios con sus “compañeros”.

Las formas que asumió la violencia perpetrada por la patronal–militar configuraron una modalidad de relación social de producción e intervinieron en la consolidación de aquellas identidades contrapuestas en los cuerpos de los trabajadores. Así, se pudo aproximar a la idea de, en este

caso particular, que la orientación política y la disposición organizativa en torno a la conciencia de clase y la lucha también se procesó en el cuerpo del trabajador.

Paralelamente la lógica de violencia fue persistente en la forma que tomaron las relaciones de disputa y confrontación entre las distintas facciones políticas de los obreros del ARS. Muchos de los delegados por sección electos a partir del año 1973, que pertenecían a las líneas combativas, fueron agredidos por militantes de la agrupación oficialista Azul y Blanca y, posteriormente, suspendidos por las autoridades del directorio. Esa situación evidenciaba la comunión en la persecución de los nuevos representantes de la patronal militar y los sectores burocráticos del sindicalismo. La resolución a los golpes de las asambleas fueron tornándose cada vez más frecuentes, las amenazas a delegados de las corrientes combativas acusándolos de “comunistas” y la recurrencia al “apriete” por patotas marcaron crecientemente la dinámica de la acción gremial entre los operarios y militantes.

Por otra parte, la vigilancia militar en la producción permitió la visibilización de una violencia potencial por parte de las autoridades militares, donde la latencia constituía una de sus modalidades. En la madrugada del 22 de Agosto de 1975 estalló de una bomba en la fragata Santísima Trinidad, aparcada para su construcción en el astillero. Esta acción generó una compleja trama de acciones y reacciones en la fábrica, y profundizó el clima represivo, cada tres operarios trabajando se instaló un infante de Marina que los vigilaba. La instalación de infantes en el ámbito productivo y la militarización del astillero reconfiguró la dinámica de representación sindical de base.³⁵ Dicha resolución en términos históricos es la problemática que intentaremos reconstruir en este apartado a partir de la mirada posicionada en el desarrollo de un conflicto.

El conflicto que comenzó durante los últimos días del mes de octubre de 1975 se inscribió en una compleja trayectoria de lucha reivindicativa dentro de la fábrica que se combinó con un ajetreado movimiento de acciones en relación a las condiciones de trabajo conducidas por representantes de base –delegados de sección– que cuestionaban a la dirigencia burocrática en el astillero y la región. El desarrollo de este conflicto, cuando los masivos estallidos del junio y julio que dieron origen al Rodrigazo habían sido superados relativamente, significó un enorme costo para los trabajadores del astillero. No solo por la dificultad de conseguir un aumento salarial en el marco de una crisis inflacionaria, sino, porque estos obreros debían llevar adelante una acción colectiva de grandes proporciones en un momento donde la dinámica de la violencia había comenzado a cambiar cuantitativamente, tanto en el astillero como en la sociedad en su conjunto.

³³ Presentación de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) ante la Cámara Federal de La Plata. *Comisión por la Verdad, hacia la justicia*. La Plata, 22 de marzo de 2000, p. 9. Este accidente no se encuentra datado con precisión en la fuente, ocurrió en diciembre de 1975.

³⁴ Ídem, p. 10.

³⁵ Sección “C” Nº 2111, Legajo 3760, “Atentado a la Fragata T-42 “Santísima Trinidad” amarrada en Astilleros Río Santiago 22 de Agosto de 1975”, Policía de la Provincia de Buenos Aires, SIPBA y Folio 11, Comunicado refrendado por Montoneros al subdirector del Diario *Clarín*.



La acción colectiva, en ese marco de agudización de la violencia sistemática contra los sectores de la clase obrera más movilizados, configuró un terreno donde prácticas identificadas en el plano individual, orientadas por ideales de solidaridad y hombría –fortaleza y abnegación–, contribuyeron en cimentar las instancias para la escalada del conflicto y la profundización en el enfrentamiento. Los trabajadores del astillero iniciaron la lucha reclamando un aumento salarial que llevara el sueldo básico del peón a 1.200.000 pesos viejos. En el transcurso de una primera instancia del conflicto salarial seis operarios de planta fueron secuestrados a través de una confusa táctica que tenía como objeto deslegitimar el conflicto. Los trabajadores se movilizaron masivamente en defensa de los operarios secuestrados.³⁶

En ese punto, ponemos en valor el peso de las dimensiones de la solidaridad obrera y el compañerismo frente a la violencia sistemática contra sus cuerpos, más allá de las disidencias ideológicas. La aparición con vida de los seis trabajadores coincidió con un extendido rumor de complicidad entre la patronal y la burocracia sindical en el secuestro, donde la dirección del astillero había por lo menos consentido el secuestro para condicionar el conflicto original.³⁷ La sensación colectiva entre los trabajadores producto del triunfo de la estrategia patronal era identificada como “abuso” y “engaño”. Desde una perspectiva de género su conceptualización se ancló en una representación de poder donde los trabajadores manipulados eran infantilizados. La respuesta obrera resultó en la intensificación de las medidas de fuerza en función del reclamo original, de un millón doscientos mil pesos viejos para el peón.³⁸

Durante esta segunda instancia del conflicto, en noviembre de 1975, fueron secuestrados tres delegados, esta vez de las líneas combativas, Ángel de Charras de la sección de montaje perteneciente a la agrupación *Celeste*, vinculada a la JTP, Silvio Marotte, de la sección maniobras, dirigente de la mencionada agrupación, y, Alcides Méndez Paz, técnico.³⁹ En este marco la patronal del astillero modificó radicalmente el orden de cosas y dio un golpe certero a la acción colectiva de los trabajadores. Expulsó del ámbito de la fábrica con un lock out, la lucha a los trabajadores. Ac-

tuó redefiniendo el lugar del enfrentamiento procediendo al cierre del establecimiento y a la represión de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. La clausura de lugar de trabajo puso en jaque su inscripción como trabajadores y, por ende, su condición identitaria en tanto tales.

Esta política patronal constituyó una de las acciones de mayor violencia simbólica hacia la fuerza de trabajo y tuvo efectos sobre la identidad colectiva e individual de estos trabajadores al provocar un quiebre en la solidaridad. Por un lado, la pérdida real y potencial de la fuente de ingresos fue una puesta en cuestión de una noción de masculinidad, anclada en la base de sustentación material del breadwinner. Como consecuencia, la solidaridad con los secuestrados entró en colisión con ciertos aspectos de aquel ideal individual –breadwinner– con aquella identidad personificada en términos de solidaridad y hombría, que en un contexto de profundización de la violencia patronal llevó a la primacía del primero sobre la segunda. Si bien se trataba de proyecciones, ambas partían de atributos individuales, el peso de lo colectivo apareció quebrado por la primacía de una concepción ideológica que ataba trabajo con salario y familia, en una definición del ser varón obrero. El riesgo, esta vez impuesto sobre la fuente de trabajo y el ingreso salarial se proyectó de manera violenta sobre los distintos sujetos que protagonizaban la representación gremial y constituyó un recurso eficaz a la hora de profundizar los enfrentamientos entre las distintas agrupaciones obreras.

En términos de ideas de género en disputa hubo un riesgo latente durante la lucha, a partir del proceso de organización y confrontación más profunda, de feminización identitaria de quienes arriesgaran su condición de trabajador proveedor como definitiva de la identidad de varón obrero. Un volante firmado por Obreros Justicialistas del ARS sostenía: “Hoy como el viernes y el lunes los que hace años que trabajamos en este Astillero, vemos que esta situación se la debemos a la acción de los Troskos, Montos, Comunachos, a la *Judía Matilde* que se han pasado jodiendo con pedidos pelotudos... Mientras tanto nosotros los que llevamos años trabajando en la empresa miramos como unos pelotudos que nos llevan como ovejas siguiendo a los chantas. Esto no va más, luchemos para que se reabra la fuente de trabajo y que se limpie tanto de abajo como de arriba de “zurdos” y corrompidos nuestro querido astillero”.⁴⁰

El agravio personificado en la “Judía Matilde” mostró el peso y el precio que debía pagar una mujer delegada-politizada en el rol de representación gremial en consonancia con la confrontación de las masculinidades que la aceptaban –compañeros militantes– y aquellos que la rechazaban.⁴¹ El

³⁶ El 29 de octubre fueron secuestrados seis trabajadores, todos militantes de la lista Azul y Blanca (ortodoxia peronista), Carlos Lapasta, Aníbal Matraccio, Nilo Bergenbau, Jorge Gimenez, Juan Carlos Delleville y Néstor Toledo. Informe DIPBA: Mesa B, Carpeta 39, Legajo 43 Astillero Río Santiago de Ensenada, Tomo I, Diario *Mayoría*, 30 de octubre de 1975.

³⁷ Los trabajadores fueron liberados el 30 de Octubre de 1975 en las intermediaciones de la sede sindical de Ensenada. Informe DIPBA: Mesa B, Carpeta 39, Legajo 43 “Astillero Río Santiago de Ensenada”, Tomo I, Folio 47.

³⁸ Informe DIPBA: Mesa B, Carpeta 39, Legajo 43 “Astillero Río Santiago de Ensenada”, Tomo I, Folio 49. *El Día*, 31 de octubre de 1975: “Nuevo planteo salarial de los trabajadores de Astilleros Río Santiago”.

³⁹ Los tres secuestrados fueron legalizados como detenidos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y liberados en el mes de febrero de 1976, tras cinco meses de detención, habiendo sido golpeados y torturados.

⁴⁰ Informe DIPBA: Mesa B, Carpeta 39, Legajo 43 “Astillero Río Santiago de Ensenada”, Tomo I, Folio 64. Algunos de los volantes que tienen este carácter amenazaban a los delegados combativos de ser “ajusticiados”. Ídem, Folio 66. El destacado es nuestro.

⁴¹ La evidencia analizada ubica a la delegada Matilde Itzigsohn como eje de los embates de los sectores burocráticos más violentos en el astillero en el período previo al golpe militar. El agravio particular y exacerbado se presenta con profundas



peso de las concepciones de género más vinculadas a los planteos patriarcales tradicionales de exclusión de la mujer del espacio fabril y de la política gremial en particular primaban dentro del grupo que hacia el final del conflicto, con el recrudescimiento de la violencia interna al establecimiento, hegemonizó la organización y la estrategia política en el ARS. La visibilización de estas dimensiones confluyen en la complejización del abordaje del resquebrajamiento de la acción colectiva de los trabajadores que posibilitó que ese espacio de fisura fuera aprovechado, principalmente, por los sectores más conservadores del sindicalismo que atacaron la organización generada por los delegados activos de la fábrica.

Algunas conclusiones y líneas de interpretación

Las ideas de género y las concepciones de masculinidad que se identificaron, describieron y analizaron en este artículo se pensaron en relación con las continuidades y rupturas en las formas y las dinámicas de organización y lucha de los trabajadores de estas empresas. Esta labor inicial nos ha permitido comenzar a repensar trayectorias de lucha y organización a la luz de procesos subjetivos e identitarios que permitieron reponer la dinámica entre las dimensiones individual y colectiva que hacen a la práctica política en las fábricas. El abordaje generizado de dos conflictos protagonizados por la fracción obrera empleada en cada empresa puso de relevancia la relación entre procesos que ocurren simultáneamente en varios individuos y procesos marcados por el accionar colectivo, que si bien contempla las individualidades, las supera estableciendo lazos de interrelación con patrones culturales en disputa en la organización y la lucha económica y política. En este artículo se abordaron aquellas dimensiones relacionadas con la militancia política en el caso de PPS y el lugar de las violencias que se despliegan en el ámbito del trabajo en el ARS.

En los dos casos analizados la patronal –capital concentrado en el caso de PPS y estatal militar en el del ARS– propició ideales de género vinculados a modelos tradicionales patriarcales en su demanda de fuerza de trabajo que favoreció una modalidad de inscripción individual y competitiva de la misma en el ámbito de productivo. Entre los obreros fuertes, con destreza, capacitación para el manejo de las herramientas, relativamente jóvenes, y excluyentemente varones que demandó el capital, tuvieron peso diferentes ideas de género que estuvieron en tensión. Aunque ideales tipo breadwinner, propios de la sociedad capitalista y patriarcal, fueron asumidos por los trabajadores, la definición identitaria no fue lineal y el movimiento histórico que produjo la lucha y la organización entre estos trabajadores los tensó y redefinió.

En el caso de PPS se problematizaron las relaciones de género inscriptas en el proceso de politización intenso que se vivió en la fábrica. Asimismo, examinamos el prome-

dio salarial alto, las horas extras y la cohesión del colectivo obrero desde una perspectiva generizada para pensar la relación entre política y estructura atendiendo tanto al plano individual como colectivo de accionar de los trabajadores en lucha. Las configuraciones identitarias en torno a la solidaridad y sostenimiento del conflicto nos permitieron comprender las contradicciones de una relación de género que se tensó en torno a lo material y la militancia política.

Contrariamente, la síntesis en términos de violencia, identificada en el astillero, fue la modalidad y la resolución de la identidad obrera disputada por acciones e intereses que se anclaban en disímiles nociones de que lo significaba ser varón-obrero-compañero en esta fábrica. La violencia física y simbólica infligida por la patronal militar asistió la imposición de un modelo más reaccionario y tradicional sobre otro emergente y subversivo que posibilitó, incluso, un nuevo lugar a las mujeres en la fábrica y en la representación obrera. Por otra parte, el abordaje generizado de la dimensión corporal del trabajo y la relación de clases en el proceso productivo permitió pensar trayectorias y accionares aparentemente contradictorias entre lo individual y lo colectivo, reponiendo la existencia de lógicas relacionales simultáneas y en disputa con referencias identitarias diversas.

En términos de elementos comunes a los casos en el período que recortamos el proceso de politización y de organización que se desplegó en el espacio de la fábrica fue el escenario donde se posibilitó el cuestionamiento de los términos de las relaciones de clase y de los órdenes genéricos prescriptos para los trabajadores en sus lugares de trabajo. Paralelamente, aquella visibilización del orden de lo prescriptivo, en términos de algunos elementos de género, dio lugar a que emergieran un abanico de formas de concebir(se) como trabajadores y como varones. Esto permitió comenzar a pensar los términos identitarios y la dimensión subjetiva de las relaciones de género como elementos constitutivos del movimiento contradictorio que emerge de la lucha de clases.

Finalmente, este estudio sobre varones y masculinidades se inserta en el marco de una perspectiva dentro de los estudios de género donde la dimensión se aborda en vinculación con las relaciones de clase. A la vez nos pone de manifiesto la necesidad de reponer una historia del trabajo generizada incluyendo a mujeres y varones orgánicamente, y no como meras referencias aisladas.

Recibido: 24/06/2012

Aceptado: 18/09/2012

connotaciones de género y antisemitismo.

Matilde Itzigsohn fue secuestrada en el mes de marzo de 1977 y continúa desaparecida. Informe CONADEP 2006 *Nunca Más*. *Anexos*, Buenos Aires, EUDEBA, Tomo I, p. 466.